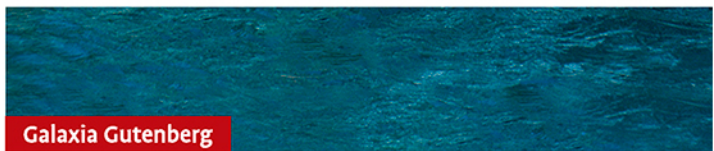




Zülfü Livaneli

La casa de Leyla

Traducción del turco de Carlos Ortega Sánchez



Galaxia Gutenberg

ZÜLFÜ LIVANELI

La casa de Leyla

Traducción de Carlos Ortega Sánchez

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Leyla'nın Evi*
Traducción del turco: Carlos Ortega Sánchez

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2026

© Zülfü Livaneli, 2006
© de la traducción: Carlos Ortega Sánchez, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal:
ISBN: 979-13-87605-69-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

De cómo Leyla, Roxy y Ali Yekta Bey entraron en mi vida

A la mayoría de la gente le gusta el Bósforo en verano, pero yo estoy enamorado de sus inviernos. Cuando nieva, suelo contemplar las corrientes color turquesa, la nieve blanca acumulada sobre las coloridas barcas amarradas a la orilla y las gaviotas revoloteando en busca de comida.

Y los barcos yendo y viniendo entre las dos orillas.

Un día de invierno, cuando no tenía nada que hacer, me subí a uno de esos barcos, un transbordador, crucé a la otra orilla y luego volví.

Aquel día la niebla había envuelto Estambul con un turbante blanco y espeso. Los barcos, apenas visibles, se mecían con violencia sobre el mar agitado.

Inhalé el olor de las sogas empapadas por el mar, que sujetan las embarcaciones a los amarres del puerto, y los escuché crujir al moverse los barcos. Según se tensaban salpicaban gotitas de agua.

Algunos viajeros compraban peces que se revolvían dentro de coloridas canastas de plástico. En una barca amarrada al puerto se asaban pescados y un hombre anunciaba a gritos: «¡Bocadillos de pescado, bocadillos de pescado!». Y junto al pescador y sus canastos brillaban lechugas, escarolas, rúculas, limones, rábanos...

Hacía un frío helador; y soplaba el viento.

Los viajeros que habían llegado habían encontrado sitio enseguida. Un hombre de bigote y mejillas hundidas fumaba intentando proteger su cigarro entre las palmas de sus manos,

como si escondiera un pecado. En su hombro se acurrucaba una mujer de ojos negros y enormes, desgastada por el tiempo. Años atrás había sido una mujer bella. Apoyaba su cabeza suavemente sobre el hombro del fumador. Hasta ese pequeño gesto resumía sus vidas: en esta sociedad dura, una mujer protegida y un hombre protector.

Tres jóvenes de manos fuertes se aprietan unos contra otros en medio del frío, susurrando entre ellos. Se nota por el cansancio que les encorva los hombros que sus trabajos son pesados; son muchachos del este de Anatolia.

De pronto, una multitud de pasajeros irrumpe en el muelle. Es la gente agotada que sale del trabajo y se lanza al barco, exhausta. Mientras atraviesan un tablón mojado que se extiende entre el muelle y el transbordador, el encargado, atento a cualquier percance, agita brazos y manos para socorrer a quien pueda caer. El conductor grita: «¡Que no quede nadie, que no quede nadie!». Y el barco sale del puerto. La gente se sube los cuellos de sus abrigo para protegerse del frío; visten gabardinas raídas, abrigo gastados, chaquetas cuyos puños ya no alcanzan las muñecas... e intentan calentar sus nudillos enrojecidos soplando con fuerza sobre ellos.

El transbordador, repleto hasta el punto de que no cabe un alma, se aleja del muelle describiendo una curva. Con destreza, sortea los ferris de las Líneas Marítimas Municipales, y las pequeñas barcas que han salido a pescar lubina, y se dirige a Üsküdar. Ese ruidoso enjambre de transportes sobre el mar parece flotar en un sueño. Las gaviotas se lanzan al agua y emergen, relucen un instante tras los barcos y luego desaparecen. A medida que cae la oscuridad de la tarde su blancura resplandece aún más, y sus graznidos se tornan más agudos.

Si los conductores de los barcos no fueran tan hábiles bastaría un descuido para que, en el último instante, chocaran contra esa gran mole que aparece de pronto ante sus ojos y les hiela el corazón. Ese buque inmenso, que avanza lento y sin reparar en nadie, corta las aguas como un gigante indiferente.

La ola que provoca su hélice sacude al pequeño transbordador, pero luego todo vuelve a su curso y continúa navegando.

De las bolsas de los pasajeros cuelgan frutas y verduras. Algunos, con el pan caliente apretado contra el pecho, empiezan a roerlo por las esquinas, hambrientos.

Las luces de la ribera anatolia se encienden; desde los minaretes se eleva la llamada a la oración del atardecer, que despierta ganas de llorar en lo más profundo del alma. Un sonido ardiente que resuena sobre la ciudad, como llegado del más allá...

Los peces todavía están vivos cuando cuelgan del hilo de nailon, pero los viajeros, sumergidos en sus conversaciones, ni siquiera lo notan. El hombre de mejillas hundidas le cuenta algo a la mujer que reposa la cabeza sobre su hombro.

Desde la orilla llega un tentador olor a pescado a la brasa.

Los puentes colgantes están atascados; miles de coches avanzan lentamente. La noche envuelve Estambul en un manto de oscuridad.

Observo a estas personas y pienso que son todos migrantes. Cada uno con un rostro distinto; morenos, rubios, con rasgos balcánicos, centroasiáticos... Si uno no lo supiera, no diría nunca que son ciudadanos del mismo país.

Unos han huido de los Balcanes, otros del Cáucaso, otros de Asia Central, otros de Oriente Medio, del Hiyaz, de Yemen, de Jerusalén, de Rusia, de Georgia, de Bosnia, de Bulgaria... Este lugar es un refugio. Dejaron atrás sus casas, sus huertos, sus campos e incluso gatos y perros. Los imagino llorando con tristeza al verlos partir. Y cuando llegaron a este país se instalaron en casas abandonadas por otros que también habían huido. Las casas de griegos y armenios fueron entregadas a estas personas desposeídas, que apenas lograron salvar la vida en sus viajes. Se establecieron en hogares ajenos, comenzaron a trabajar campos que no conocían.

La historia de esta región del mundo es la historia de cómo unos se adueñan de lo que es de otros. Detrás de las guerras y

conflictos está la lucha por la propiedad. Casas vacías, casas llenas, litigios por herencias, la necesidad humana de tener un refugio, un techo, un cobijo... Todo eso ha provocado innumerables tragedias a lo largo de los siglos.

Tal como sucede en esta novela.

La idea de escribir *La casa de Leyla*, y de contar esta tragedia del hogar perdido que ha marcado nuestras vidas de una u otra forma nació ese día, en aquel barco.

De pronto, frente a mí, veo a una mujer, una noble otomana caída en desgracia:

¡Tan elegante y refinada!

Frente a ella, una joven con un mechón de pelo teñido de azul:

¡Tan rebelde y desafiante!

Y junto a mí, un anciano bien vestido, con la corbata cuidadosamente anudada y el cabello engominado, peinado hacia atrás:

¡Tan orgulloso y altivo!

No se conocen entre sí. Cada uno viaja sumergido en su propio mundo.

Aquel día la señora Leyla, Roxy y Ali Yekta Bey entraron en mi vida.

Para no salir nunca más.

I

La anciana se había sentado bajo un inmenso plátano y apenas se había movido en dos días. Quién sabe cuántos siglos tendría ese árbol, y ella esperaba inmóvil, sentada en su maleta de cuero, esperando. Las esquinas desgastadas, la gruesa correa que la cruzaba de lado a lado... todo recordaba a la época de los grandes viajeros.

El plátano estaba en el borde de una carretera estrecha, justo al pie del muro de una *yali*,¹ junto a una calle estrecha donde los coches vienen y van constantemente. El tendero, el frutero y el vendedor de café no dejaban de mirarla. De vez en cuando le llevaban té, agua o algo de comer, como una manzana, garbanzos tostados o bizcocho. Más tarde empezaron a acercársele para suplicarle.

—Señora mía, por favor, déjelo ya. Nosotros somos como sus hijos. Venga, levántese, venga con nosotros a casa.

La anciana negaba obstinada.

Cemal, el frutero, con su bigotón retorcido, se limpiaba las manos en su delantal azul y decía:

—Me conoce desde que era niño, por el amor de Dios. Mi casa está justo aquí al lado. Venga, por favor.

—Gracias, pero no iré.

—¡Señora mía, por Dios! ¡No siga resistiéndose! ¿Por qué no puede venir?

1. Una *yali* es una casa señorial de época otomana, construida a orillas del Bósforo y tradicionalmente usada como residencia de verano. (N. del T.)

El carnicero habló:

—¿Acaso es posible vivir así en medio de la calle? Digamos que ha conseguido aguantar dos días, ¿qué pasará dentro de tres o cuatro?

La anciana, señalando hacia la casa, dijo:

—Yo nací aquí. He vivido toda mi vida aquí. No tengo otro lugar adónde ir.

Los comerciantes estaban conmovidos.

—Lo sabemos, Señora, ¿cómo no íbamos a saberlo? Usted es como una madre para nosotros. Pero la *yali* se la han quedado esos malnacidos, ¿qué podemos hacer?

—¿Qué podemos hacer nosotros?

—No habíamos visto gente tan ruin en este barrio.

Unos retorcían sus ropas con angustia, otros encendían un cigarrillo para calmarse, y todos murmuraban maldiciones contra los nuevos dueños.

La hija del tendero se acercó a la anciana con un ramillete de jazmines en la mano y se lo dio. La anciana lo tomó sonriendo y la muchacha le dijo:

—Tía Leyla, usted nos daba cada día un jazmín de su jardín, ¿se acuerda?

La anciana asintió y volvió a sonreír. Se llevó los jazmines a la nariz, y al olerlos sus ojos color avellana se encendieron por un momento. Aunque había prohibido que la llamaran tía y pedía que todos la llamaran sólo Leyla, no dijo nada a la joven.

Los coches que pasaban junto a ellos reducían la velocidad, y los conductores según pasaban observaban la situación, algunos con asombro, unos con lástima y otros molestos. ¿Quién era aquella mujer? Una mujer senil que se habría perdido, seguro.

Pero los vecinos que la conocían sabían lo que había pasado. Se lamentaban:

—¡Qué desgracia! Mira cómo ha terminado la pobre mujer —decían, lanzando maldiciones contra los nuevos dueños de la casa.

El lugar en el que Leyla llevaba dos días sentada estaba en la «carretera de la costa» que recorre el lado asiático del Bósforo. En realidad, para que la carretera fuera digna de ese nombre debería, al menos, poder verse el mar, pero aquí toda la orilla estaba cubierta por mansiones otomanas. Sin embargo, por costumbre, seguía llamándose así al camino que discurre por detrás de los jardines de todas aquellas villas señoriales.

Como las *yalis* estaban escondidas tras altos muros, no podían verse desde la carretera de la costa. Sólo era posible contemplarlas desde el mar. Apoyadas en pilares de cedro clavados en las profundas aguas del Bósforo, con embarcaderos en su parte inferior, estas delicadas construcciones sólo podían ser vistas por los pasajeros de los ferris blancos de las Líneas Municipales, por los pescadores o por los que navegaban en barcos de recreo. Y, claro, por las tripulaciones de los grandes buques que cruzaban el estrecho.

Cuando los comerciantes se dieron cuenta de que no conseguirían convencer a «la Señora», fueron las mujeres del vecindario las que intervinieron. Una tras otra, las mujeres de los comerciantes, de mejillas sonrosadas y tez clara, se acercaron a besar la mano de la anciana.

—Señora mía, por el amor de Dios, no sea cabezota. Venga conmigo. Le he preparado un té y he cocinado para usted.

Y la anciana siempre respondía con lo mismo:

—Yo nací en esta casa, he vivido aquí toda mi vida, y aquí me moriré. No me voy.

Las esposas más jóvenes se miraban entre ellas con tristeza y murmuraban maldiciendo a los nuevos propietarios de la casa.

—¡Ojalá no tengan un solo día de paz en esa casa!

—¡Que Dios se lo haga pagar!

—¿Cómo pueden echar de su casa a la Señora después de tantos años? Desalmados.

Mientras hablaban llegaba el estruendo de una construcción desde la mansión, y una voz aguda que gritaba a los arquitectos y los obreros:

–*Decoreision!* –chillaba, con pésima pronunciación–. Esto se va a hacer según la «*Decoreision*», no como se te ocurra a ti, ¿entendido? Se hará lo que diga el arquitecto americano, tal cual. Y tú, en vez de quedarte ahí pasmado, entra y desmonta los adornos del techo.

Dos días atrás, los nuevos dueños, acompañados de arquitectos y obreros, habían llegado a la casa y pidieron a la anciana que la desalojara. En un rincón del jardín de la *yali*, junto al muro que daba a la carretera de la costa, había una casita blanca de una sola planta. La anciana había pasado su vida allí. Nadie jamás habría pensado en echarla, pero ahora los nuevos propietarios se disponían a ello. De nada sirvió que Leyla protestara, preguntando:

–¿Con qué derecho me echan de mi propia casa?

Ni siquiera les importó que les mostrara las escrituras independientes de la casita.

–¡En este país hay leyes, hay normas! –decía–. ¡No entiendo cómo se atreven a sacar a alguien de su propiedad!

Mientras tanto, dos hombres, al servicio del nuevo dueño, sin siquiera permitir que la anciana recogiera sus pertenencias con calma, empezaron a llenar una maleta. Cuando vio que abrían su cómoda y aquellas manos toscas removían entre sus guantes de encaje, sus blusas, sus faldas cuidadosamente planchadas y, peor aún, su ropa interior, Leyla sintió cómo la invadía una rabia profunda. Jamás habría podido imaginar que unas manos peludas de desconocidos llegarían a hurgar así entre sus posesiones más íntimas.

La nueva señora de la *yali* gritaba con una voz que se oía hasta en el barrio vecino:

–¡Una casa para invitados! –decía–. ¡Voy a convertir eso en una *guest house*, ¿me oís?! ¡Estoy pagando un dineral al arquitecto para que la decore! ¿Y por qué tendría yo que aguantar un fósil en mi propio jardín? ¡Que se vaya a donde quiera!

La anciana escuchaba todo aquello y más que dolerse por que la llamaran fósil, se preguntaba una y otra vez cómo po-

dían echarla de su casa a pesar de que tenía el título de propiedad. ¿Cómo podían esos recién llegados pisotear la ley de ese modo?

Es cierto que la pequeña casa estaba dentro del jardín de la *yali*, pero tenía su propia parcela y su propio título de propiedad. Cuando se vendió la casa por primera vez, los nuevos dueños lo habían respetado y jamás molestaron a la anciana. Pero ahora, esta mujer que no paraba de gritar «*decoreision!*» quería echarla de su hogar.

Querían echarla... y la echaron. Los empleados la agarraron por los brazos y, a rastras, la llevaron hasta la puerta del jardín y la dejaron junto con su maleta frente a la puerta de hierro. Los comerciantes de la calle se reunieron para observar la situación.

La Señora permaneció de pie un momento, mirando la puerta de hierro que se había cerrado tras ella. Luego, agotada, se sentó sobre su maleta. Desde aquel día, apenas se movió. A veces, con vergüenza y cuidándose de no cruzar la mirada con nadie, se levantaba para satisfacer sus necesidades en el cuartito que quedaba detrás de una tienda de comestibles, y luego regresaba al mismo sitio.

Una o dos veces se levantó e hizo unos movimientos gimnásticos. Pero no eran como los movimientos gimnásticos comunes que la gente del barrio conocía; eran lentos, meticulosos, con los músculos tensos y en un orden muy preciso. Como todo lo que hacía la Señora, también esos ejercicios delataban un conocimiento y una formación especiales.

¡Cuántas cosas sabía esa mujer! Ayudaba a los niños del barrio con sus tareas, hablaba con ellos de vez en cuando, les daba consejos, les contaba historias. Las flores raras que cultivaba en su jardín no se parecían en nada a esas que venden las gitanas del camino en cubos de plástico. Era como si la Señora les infundiera otra fragancia, como si, al tocarlas, su mano les cambiara hasta la forma. No había vecino en el barrio que no hubiera recibido alguna vez un jasmín de la Señora.

A medida que fallecían los ancianos que aún la llamaban «Señorita», aquella señorita se había convertido, con el tiempo, en la Señora.

Desde el interior del edificio se oían martillazos, sierras y otras herramientas: en la *yali* se estaba llevando a cabo una gran obra. Y cada vez que oía esos ruidos, ella giraba la vista hacia la casa con una expresión inquieta. En sus ojos color avellana se notaba claramente su preocupación. No se sabía si eran techos o muros, pero algo se venía abajo con estrépito.

¿Acaso era posible que olvidara los fastuosos techos de la mansión, aquella ornamentación otomana en las paredes que, en los días festivos, los tenderos del barrio iban a admirar con el pretexto de besar la mano de los mayores?¹ ¿O aquellos elegantes pórticos por los que los niños se colaban mostrando las notas de la escuela, orgullosos de sus «Sobresalientes», con la esperanza de conseguir una propina? Los actuales propietarios, evidentemente, no apreciaban tales decoraciones: estaban arrojando al jardín, como si fuera chatarra, aquellas obras de arte centenarias, hechas con paciencia y dedicación. De vez en cuando, se detenían camiones frente a la mansión y se cargaban de escombros, lo que confirmaba que una demolición estaba en marcha. Se llevaban los restos a algún lugar lejano, y regresaban con los remolques vacíos para llenarlos otra vez.

Cuando cayó la noche y la calle quedó desierta, la Señora, ajena a ruegos y súplicas de los tenderos que insistían en llevarla a casa, pasó su primera noche sentada sobre su maleta, envuelta en la niebla húmeda del Bósforo. Al amanecer, un tendero le trajo té y un *simit* recién salido del horno. La Señora, cuyo rostro había perdido ya todo color, aceptó aquel gesto con gratitud.

1. En Turquía, es una tradición mostrar respeto hacia los mayores durante celebraciones como las fiestas religiosas besándoles la mano y llevándosela a la frente. (*N. del T.*)

Era una mañana de junio en el Bósforo, de esas que dan alegría de vivir al alma. Desde el bosque que se alzaba junto al camino, bandadas de pájaros trinaban, y el aire estaba impregnado de aromas de jazmín, cerezo, laurel y magnolia. A la Señora le resultaba imposible creer que la hubieran echado de la casa donde había vivido durante setenta y seis años. Aquello tenía que ser un error, y ella, sentada sobre su maleta, esperaba a que todo se resolviera. Porque no estaba en tierra de nadie, sino en un Estado de ley y orden. Ninguna persona podía desalojar a un propietario de su casa. Estaba convencida de que esta injusticia sería reparada, por eso mantenía viva su resistencia y no se alejaba del umbral de su hogar.

Mientras tanto, vecinos y comerciantes del barrio pensaron en hablar con los nuevos propietarios de la mansión. Sí, eran muy ricos y muy poderosos. El hombre era dueño de un gran banco y tenía a miles de empleados bajo su mando. Pero ¿acaso era digno echar a una anciana de la casa que poseía legalmente? Al principio, todos abrazaron la idea con entusiasmo. «¡No puede ser, hombre! ¿Quién puede despojar a otro de su propiedad así?», se decían unos a otros. Su apego a sus propias casas encendía más su indignación, pero a la hora de cruzar la puerta de la mansión para presentarse ante los nuevos dueños, sus voces se iban apagando.

Y cuando un Mercedes de vidrios tintados entró en el jardín con solemnidad institucional, empezaron a preguntarse si no se estarían equivocando.

—Tampoco son unos niños, ¿no? Son los dueños de un banco enorme. ¿Quién sabe cuántos abogados trabajan para ellos? ¿Cometerían un error así?

—Primero escuchemos bien, que las prisas nunca traen nada bueno.

—Y en el futuro tendremos que verles la cara, llevarles pedidos a casa...

La Señora no prestaba atención a nada de esto, porque llevaba en el bolsillo la escritura de la casa que había heredado

de su abuelo el Bajá. Tras su muerte, su abuela se había visto obligada a vender la *yali* y la anciana no reclamaba ningún derecho sobre ella. Pero la pequeña casa junto al muro del jardín era enteramente suya.

A la mayoría de los tenderos que se habían reunido a su alrededor los conocía de siempre. De niños venían en días festivos a besar la mano de los mayores, unos con el pelo recién cortado, otros con los mocos secos en la cara, parlanchines y alborotados. No querían abandonarla, por los viejos tiempos, pero cada vez que se abría la gran puerta de la mansión y salía aquel coche impecable de cristales tintados, se alejaban apresurados. Todos se inventaban alguna tarea, se dirigían a sus tiendas como si acabara de llegar un cliente, y sólo cuando la «amenaza» se alejaba, volvían a agruparse alrededor de la Señora. Por si acaso. Quizá los nuevos dueños, desde detrás de los vidrios tintados, estaban vigilando quién se encontraba allí, incluso tomando nota de sus rostros. Así, cada vez que salía el coche, la calle quedaba desierta.

—Vamos, Señora, no insista. Venga con nosotros, aquí se pondrá enferma.

—¿Quién puede apoderarse de lo que es de otro, por favor? ¡Este país tiene leyes!

—¡No estamos en la selva!

La Señora escuchaba los ruegos con una sonrisa amarga en los labios, y con un movimiento decidido de cabeza les dejaba claro que no aceptaría ninguna propuesta.

Nadie sabe si fue por un conductor o algún vecino, pero el hecho de que una anciana llevaba dos días sentada bajo un platanero en el camino del Bósforo llegó a oídos de la prensa. ¿Estaba loca? ¿Se había sentado allí a modo de protesta? ¿La habían echado a la calle sus propios hijos? Si era esto último, podía convertirse en una buena historia: pequeña, conmovedora, capaz de tocar la fibra al lector. Las noticias humanas siempre venden bien.

Por esa razón, el editor municipal del periódico *El Día* no olvidó incluir a la anciana en la lista de actualidad. Algún re-

portero podía ir, resolverlo en un par de horas y regresar. Cuando llegó el momento de tratar ese punto en la reunión editorial, mencionó el caso, y se le escapó decir:

–Una vieja loca frente al portón de la *Yah* de los Bosnios...

Yusuf, que llevaba seis meses en la redacción, se levantó en cuanto lo oyó.

–¿Puedo encargarme yo de esa noticia? –preguntó.

–¿Tanto te interesa? –dijo el jefe de redacción.

–Conozco a esa mujer –respondió Yusuf–, y de loca no tiene nada.

–Está bien, ve –asintió el jefe–, pero no te entretengas, que hay mucho trabajo.

Y, al salir, le gritó:

–¡Y no te olvides de sacar fotos!

Yusuf murmuró para sí, entre dientes:

–Estos todavía se creen que soy un novato...

Mientras cruzaba el puente del Bósforo en uno de los vehículos del periódico rumbo a la antigua *yali*, Yusuf no podía dejar de pensar en la Señora. ¿Qué había sucedido para que aquella mujer acabara durmiendo en la calle? La Señora que él conocía no era, en absoluto, alguien que pudiera perder la razón.

Podría decirse que pasó su infancia junto a ella. Antes que él, sus propios abuelos también habían vivido en la sección del servicio de la mansión, trabajando como jardineros para el Abuelo Bajá. Más tarde, tras nacer su padre, se mudaron al otro lado de la carretera, a una chabola en la ladera que habían construido con sus propias manos. El piso donde Yusuf vino al mundo y creció estaba en un modesto edificio de cuatro plantas que se levantaba en el solar donde antes había estado la chabola. Ya no vivían en el jardín de la mansión, sino en lo alto, en el corazón de un bosquecillo en el que los árboles, antaño frondosos, se habían vuelto cada vez más escasos. Desde que su abuelo construyó la primera casa, los parientes de Kastamonu fueron llegando y levantando sus propios hogares. Aquel cerro, del que antes se decía que era un bosque impenetrable, estaba ahora cubierto de viviendas. En la carretera de la costa habían abierto fruterías, colmados y carnicerías. De hecho, los primos de su tío regentaban el colmado, y la frutería estaba en manos de los nietos de un hombre que, en su tiempo, había sido el encargado de llevar verduras a la mansión.

Los turistas insisten en llamar a las dos orillas de Estambul «Europa» y «Asia». Yusuf cruzó el puente del Bósforo hacia la otra orilla, que los estambulíes no consideran en absoluto como «Asia», sino «Anatolia». Había vivido allí hasta que terminó la universidad, pero ahora se había mudado a Cihangir, rompiendo todo lazo con aquel barrio de antiguas mansiones. De vez en cuando visitaba la casa de su padre, nada más. En sus últimas visitas ni siquiera se había pasado a ver a la Señora. Sin embargo, durante su infancia, la Señora había sido la persona a la que Yusuf más quería de entre los mayores. En las mañanas de los días festivos, corría al jardín de la *yali* para ser el primero en besar la mano de la Señora. Junto a ella se sentía en paz. Salih Bey, hombre de negocios, y su familia, que habían comprado la *Yali* de los Bosnios, también eran buena gente, pero por alguna razón siempre se sentía tímido e inseguro en su presencia.

Lo trataban bien: le acariciaban el pelo, le daban dinero y, al empezar el curso, le compraban uniformes, zapatos, cuadernos y libros. Pero todo esto a Yusuf le pesaba un poco. Porque no le daban esos regalos como si fuera un nieto propio. Sentía que con cada palabra subrayaban el favor que le hacían, el mérito de su generosidad: «Toma, hijo, pónelos. ¿Te quedan bien? Sé un buen chico. Venga, toma otro bombón. No seas tímido, coge otro más», decían mientras le daban palmaditas en la cabeza. Con todos los miembros de aquella familia (el abuelo, la abuela, el padre, la madre y los nietos) mirándolo se sentía extraño con las mejillas llenas, obligado a atiborrarse de chocolatinas una tras otra.

Pero la Señora nunca lo forzaba a nada parecido. Se dirigía a él como hablaría con cualquier otra persona. Le daba uno de sus famosos jazmines y, luego, con tono despreocupado, le decía: «Voy a comer unos higos. Si te apetece, acompáñame». Y sin esperar respuesta, colocaba en dos platitos unos higos morados recién recogidos de la higuera del jardín. Las propinas que le daba para los gastos del colegio o en días festivos

las envolvía en un ramillete fragante de jazmines, o las entregaba junto con un bonito pañuelo donde había bordado sus iniciales.

La casa de la Señora era como un taller de costura: hilos de seda de todos los colores, bobinas, telas resplandecientes, delicados encajes... De las paredes colgaban cuadros. En el más grande, el Abuelo Bajá aparecía solemne con su uniforme bordado en hilo de oro, escudriñando la habitación con sus ojos color avellana. Yusuf recordaba cómo su abuelo y su padre hablaban a menudo del Bajá con reverencia: «¡Que en paz descanse! ¡Cuánto bien nos hizo!».

De las conversaciones a medias que escuchó en casa, a Yusuf le quedó grabada la idea de que la Señora era nieta del Bajá, y que aunque Salih Bey, hombre de negocios, y su familia, eran buena gente, no podían compararse con alguien de una estirpe tan noble.

El bisabuelo de Yusuf, en una de las tantas guerras (difícil saber cuál, porque hubo tantas que no podía diferenciarlas), había sido soldado a las órdenes del Bajá. En el conflicto, una herida en la pierna lo dejó cojo para siempre, y pasó el resto de sus días como jardinero en el extenso jardín de la mansión. Se había instalado allí con su familia, que había traído desde Kastamonu, en una casita dentro de aquel enorme jardín.

Según cuentan, en aquellos tiempos el jardín parecía un paraíso: magnolios gigantescos, higueras, granados, ciclamores, limoneros y naranjos, las rosas más raras, crisantemos, hortensias... La magnolia más espléndida, la que extendía sus ramas sobre la casita hasta cubrir casi por completo el techo con sus flores, había sido plantada por su abuelo en honor al nacimiento de la señora Leyla. Era tan majestuosa y alta, que quien veía el brillo de sus hojas verdes, el tamaño de sus flores y sentía su fragancia, quedaba embelesado. En esa época hasta había una cascada en una de las esquinas del jardín.

A decir verdad, las piedras de colores colocadas ordenadamente en el suelo, las pérgolas, las magnolias, los ciclamores y

los rosales aún estaban allí, pero al venderse el *selamlık*¹ se había levantado un muro de cualquier manera y, como resultado, los duros vientos del Bósforo entraron y mataron a los limoneros y a los naranjos. Los antiguos maestros armenios y rumíes que construyeron las mansiones del Bósforo solían calcular las corrientes y vientos con meticulosidad, y todo lo diseñaban en función de ello. Pero hoy en día ya no quedaba nadie que se preocupara por esos detalles.

Cuando Yusuf llegó a la mansión vio a la señora sentada bajo el imponente plátano, hablando con un policía. Al saludarla no estuvo seguro de si ella se alegró de verlo o no. Quizá no quería que el pequeño Yusuf la viera en aquel estado lamentable. Al menos eso fue lo que interpretó él.

El policía, con tono firme, la advirtió:

–Señora, no podemos permitir que permanezca aquí por más tiempo. Los propietarios de la mansión han presentado una denuncia. Dicen que usted los está molestando.

Con voz serena y paciente, la Señora respondió:

–Hijo mío, esta mansión la construyó mi abuelo. Toda mi familia vivió aquí.

–Puede ser, pero la mansión ha sido vendida –replicó el agente, hojeando el papel que tenía en la mano–. La propiedad está registrada a nombre de Ömer Cevheroğlu Bey.

–Esa es la parte de la mansión, hijo –dijo la anciana con suavidad–. Pero la casita en la que yo vivo es un terreno distinto, con su propia escritura. Me la dejó mi abuelo. Si quiere, compruébelo usted mismo.

En realidad, el Abuelo Bajá figuraba en el registro civil como su padre, pero la mujer había omitido ese detalle con la esperanza de que el agente no se diera cuenta. Que en los archivos apareciera como hija de su abuelo estaba relacionado

1. *Selamlık*, la parte de una casa otomana (especialmente de un palacio u hogar señorial) reservada para los hombres y para recibir visitas, separada del *haremlık*, el harén, que era el espacio privado y femenino. (N. del T.)

con una gran tragedia familiar que había marcado no sólo los registros oficiales sino también el destino entero de la familia.

La Señora sacó cuidadosamente de su bolso una escritura doblada con precisión y se la entregó al policía. Él la tomó, se la acercó a los ojos y comenzó a leer en voz alta: número de plano, manzana, parcela, nombres... todo parecía en orden. El agente estaba desconcertado.

—De todos modos, tiene que levantarse y marcharse ahora mismo —insistió—. Puede reclamar sus derechos más tarde, pero mi superior me ha dado instrucciones claras. Los propietarios están molestos. Me ordenaron que la saque de aquí sin falta.

—Por favor, oficial, hijo —le pidió la mujer—, muéstrele esta escritura también a su superior.

Ante esto, el joven policía dejó de dirigirse a ella como «señora» y soltó:

—¡Pero qué dice, abuela! ¡También mi jefe tiene un jefe! Han llamado desde la Dirección General de Seguridad. No puede enfrentarse a esta gente. Será mejor que se levante y se vaya. De lo contrario, he recibido órdenes de llevarla a comisaría. Venga, haga el favor.

—Me llamo Leyla —dijo la mujer.

—¿Cómo?

—Leyla, ¡mi nombre es Leyla!

Mostrando ya signos de impaciencia el policía replicó:

—Está bien, ¡señora Leyla!

—¡No! ¡Llámame simplemente Leyla!

Entonces Yusuf intervino. Como conocía bien esa peculiaridad de la Señora, no se sorprendió, pero era evidente que el policía no entendería nunca el deseo de una mujer de su edad de ser llamada simplemente por su nombre. Era algo que había causado muchas dificultades en el barrio: desde niños, ella les enseñaba a todos a llamarla Leyla. Quienes no podían, o quienes por respeto a su edad preferían evitarlo, le decían simplemente «Señora».

Para poner fin a la discusión, Yusuf mostró su credencial.

—Soy periodista, agente —dijo. No tenía aún la tarjeta de prensa, pero sí una identificación con foto expedida por el periódico—. Nadie tiene derecho a echar a esta mujer de su propia casa, que está debidamente registrada. Aquí está, puede verlo.

El policía lo apartó un poco y, bajando la voz, le dijo:

—Usted sabe quién es el nuevo propietario de la *yah*, ¿verdad? Ömer Bey, Ömer Cevheroğlu. No han dejado de llamar por teléfono desde esta mañana. ¡Falta que llame el ministro del Interior! Incluso el gobernador está al tanto. Al parecer, la presencia de esta mujer altera los nervios de la esposa de Ömer Bey. Además, esta señora también es un poco rara, ¿eh?

Mientras tanto, los vecinos del barrio, el tendero, el frutero y los aprendices se habían reunido alrededor para escuchar.

Viendo que así no avanzarían, Yusuf decidió como último recurso entrar a la *yah* y hablar directamente con los nuevos propietarios sobre el asunto de las escrituras. Llamó al timbre de la verja del jardín. Tras esperar un poco, la puerta se abrió y un hombre corpulento, de bigote espeso, le preguntó qué quería. Yusuf le explicó que era periodista y que deseaba hablar con Ömer Bey¹ sobre un asunto.

—Espere un momento —dijo el hombre, y desapareció.

Al cabo de un rato volvió y condujo a Yusuf hacia el interior.

Era una sensación extraña dejarse guiar por un desconocido en el jardín donde había pasado su infancia. Yusuf conocía al dedillo cada piedra, árbol y rama de ese jardín. Desde las ventanas, pudo ver que dentro de la casa todo estaba siendo desmantelado; los muros y el techo parecían raspados hasta el hueso.

El guardia llevó a Yusuf hasta la terraza delantera. Las aguas del Bósforo acariciaban el mármol del suelo, reflejando una luz intensa y parpadeante, cegadora. Yusuf nunca había

1. *Bey* es un título de respeto en turco masculino, similar a «señor» o «don», que se coloca después del nombre. (*N. del T.*)

podido mirar directamente esa luz tan viva, por eso siempre prefería la fresca y sombría tranquilidad del jardín trasero. Como le ocurría cada vez que volvía allí, se le humedecieron los ojos.

En ese momento, Ömer Bey, a quien Yusuf había visto muchas veces en periódicos y en la televisión, se le acercó preguntándole qué deseaba. Era un hombre esbelto y apuesto, elegante. Llevaba el cabello corto, perfectamente arreglado, unas gafas de montura roja y una ligera camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos.

—Delante de esta casa hay una anciana sentada —dijo Yusuf—. Quería hacerle un par de preguntas al respecto.

Con un gesto indulgente, Ömer Bey respondió:

—Le hemos dado ya mucho tiempo a esa pobre mujer. Desde que compramos la casa le explicamos que tenía que irse, pero no quiso. Así que nos hemos visto obligados a actuar.

—Pero ella dice que la casa del jardín trasero le pertenece —insistió Yusuf.

Ömer Bey sonrió y dijo:

—¡Miente, la pobrecita! —Y soltó una breve carcajada.

—Pero tiene las escrituras en orden —objetó Yusuf.

En ese momento, una mujer joven, a quien Yusuf no había visto antes por el resplandor cegador del agua, irrumpió en la conversación, gritando:

—¿¡Se da cuenta de con quién está usted hablando!?

Era una mujer delgada, con el cabello teñido de rubio, y de una belleza llamativa. Llevaba gafas de sol y vestía unos pantalones muy cortos. Ömer Bey, con un gesto cortés, la mandó callar. Ella, visiblemente irritada, se dirigió al interior de la mansión y allí continuó dando órdenes a los obreros.

Ömer Bey se dirigió a Yusuf:

—Deme un momento, por favor. —Y también se metió en la casa.

Cuando Yusuf se quedó solo en la terraza, echó un vistazo a la mansión desde el frente. Allí aún no había cambiado nada.

De hecho, la normativa urbanística impedía que se realizaran modificaciones significativas.

Yusuf sabía que aquella *yali* era una joya engarzada por pilares de cedro sobre las aguas del Bósforo. Como todas las mansiones construidas a finales del siglo XIX y principios del XX, no evocaba riqueza o magnificencia, sino la idea de una vida familiar sencilla junto al agua. Era una construcción de madera que reflejaba el gusto oriental, muy distinta de los palacios barrocos que estaban de moda en el Imperio otomano durante el siglo XIX.

El mar resplandecía de un azul intenso. Por alguna razón, las aguas del Bósforo cambiaban de color cada día, pasando del verde claro a los tonos cobrizos.

Mientras Yusuf contemplaba un enorme carguero ruso que navegaba rumbo al mar Negro, su teléfono sonó. Respondió y escuchó la voz preocupada del jefe de redacción del periódico:

–Vuelve enseguida.

–¿Qué?

–Te digo que regreses. El jefe está furioso.

–Pero aquí hay una anciana a quien están desalojando de su propia casa a pesar de tener las escrituras en regla –explicó Yusuf.

–El estado mental de la mujer no es estable.

–Qué va, si acabo de verla. Está perfectamente lúcida.

–Escúchame –insistió el jefe de redacción–, tienen un informe médico. Según el dictamen, la señora no está en sus plenas capacidades mentales. El tribunal le nombró un representante legal, y ha sido él quien ha vendido la casa a Ömer Bey.

Al oír esto, Yusuf comprendió de inmediato la situación: habían hecho con Leyla lo mismo que con tantos otros ancianos propietarios de mansiones y palacetes.

Bajo la mirada sarcástica del guardián que le había abierto la puerta, Yusuf abandonó la mansión. Ömer Bey había salido también, pero esta vez ni se dignó mirarlo. Cuando llegó a la calle vio que el policía hablaba por radio.

—A sus órdenes, comisario.

Luego, agarró a Leyla bruscamente del brazo, intentando levantarla. Cuando los vecinos comenzaron a protestar, se excusó:

—Esta mujer no atiende a razones, señores. Y yo tengo órdenes claras: si no se marcha, hay que llevarla al cuartel. Sólo obedezco órdenes.

Yusuf pidió a todos que se apartaran un poco. Entonces, inclinándose hacia la Señora, le dijo en voz baja:

—Señora, me temo que no nos queda otra. Han conseguido un informe que dice que no está en pleno uso de sus facultades mentales. Le han asignado un tutor y, en estas condiciones, usted pierde todo derecho sobre su propiedad.

La Señora abrió los ojos, incrédula.

—¡Pero si nunca me he hecho un examen médico! ¿De dónde se han sacado ese informe?

—¡Ah! —suspiró Yusuf—, ¿cree usted que es difícil hacerse con un informe falso para esta gente?

Después, le explicó que ya no podía permanecer allí. Pasar la noche en una celda sería indigno para alguien como ella, nieta del ilustre Bajá Abdullah Avni, el Bosnio. Por eso, Yusuf le propuso ir a su casa en Cihangir. Podría quedarse unos días mientras buscaban una solución.

El rostro fino y elegante de la Señora se ensombreció con tristeza, y el color avellana de sus ojos se oscureció. Permaneció inmóvil durante un momento.

Yusuf insistió:

—Que aceptemos marcharnos no significa renunciar. Lucharemos para invalidar ese informe falso. Pero para ello necesita cuidarse y mantenerse fuerte. Le espera una batalla muy dura.

Estas palabras parecieron convencerla.

—Está bien, Yusuf —dijo con voz resignada—, si no hay otra opción, vamos a tu casa. Al fin y al cabo tú eres como un nieto para mí.

Se incorporó de la maleta donde había estado sentada durante más de dos días. Al principio se tambaleó peligrosamente, como si fuera a caer, pero luego, con un esfuerzo admirado por todos, logró erguirse con dignidad.

Y con esa nobleza, se dirigió a los tenderos que habían intentado ayudarla:

—Gracias a todos, vecinos míos. Les ruego me perdonen. Que Dios los guarde.

Antes de subir al coche blanco del periódico echó una última mirada a la *yali*. Apretó sus labios y sus ojos destilaron una mirada llena de rabia.

En voz baja, pero con profunda determinación, se repetía:

—Ahora me voy, pero juro que volveré. Volveré, y no permitiré que manchen el honor de la familia Bosnali.¹

1. En el idioma turco, el apellido *Bosnali* significa «proveniente de Bosnia». (N. del T.)